

## Piedra Angular

*El potencial de desarrollo y modernidad de un país reside en el grado de cultura política democrática y la capacidad de acción pública de sus sectores dirigentes, especialmente de aquellos que actúan en los diversos frentes de la producción económica. Son éstos, en efecto, los autores y actores principales de la vida nacional, pues de ellos depende la actividad productiva que constituye el sustento real de la población y la base para el desarrollo y consolidación de todas las demás actividades y posibilidades nacionales.*

### ***Instituto de Ciencia Política***

Personería Jurídica Res. 0332/87 Nit. 800.013.620  
Carrera 19 No. 84-30 Piso 2, Bogotá, Colombia  
Apartado Postal 253458  
Tels. (57-1) 257 1202, 257 1262 Fax (57-1) 218 7494  
Internet [www.icp.colombia.org](http://www.icp.colombia.org).  
E-mail [icp.org@impsat.net.co](mailto:icp.org@impsat.net.co)

## El liberalismo en América Latina

*Carlos Alberto Montaner*

**E**l autor, nuevo integrante de nuestro Consejo Editorial y asiduo colaborador de esta Revista, hace un interesante aporte en el análisis sobre lo que es y ha significado el liberalismo para América Latina.

\*\*\*

HACE ALGUNOS AÑOS UNOS AMIGOS ECUATORIANOS me invitaron a presenciar una danza “típicamente india” en una hacienda situada a poco kilómetros de Quito. Llegaron los danzantes y enseguida se empezó a desvanecer el carácter “indio” de aquel jolgorio. Había trompetas, utilizaban pantalones y esos curiosos bombines negros que todavía se ven en la región andina, y parece que llegaban alegres y un tanto aturullados por una peligrosa combinación de Whisky escocés y aguardiente criollo. En todo caso, el apabullante dominio occidental se hizo aun más patente debido a un pequeño accidente cargado de simbolismo. Al primer bailarín

—o como se le llamara al que dirigía los simpáticos brincos— se le cayó un teléfono celular del bolsillo. No se si sería quechua o un aymará, pero sin duda alguna se trataba de un cibernauta perfectamente instalado en la realidad virtual de la Internet.

¿A cuento de que viene esa anécdota? Aunque parezca ocioso, hay que comenzar por hacer ciertas observaciones que no siempre son obvias en las dos orillas del Atlántico, y la primera tiene que ver con la identidad latinoamericana. Pese a la retórica indianista o afroamericana, el perfil cultural de aquellos pueblos es, en esencia, ibero-europeo, aun cuando el color de la piel de los nativos no siempre

III-IV TRIMESTRES 1998

responda a esa extraña denominación "caucásica" a que nos han acostumbrado.

Todo lo esencial en América Latina es iberoeuropeo: la lengua, la religión dominante, el trazado de las calles, el derecho, las formas de gobierno, la mentalidad social, los deportes, los valores y un interminable etcétera en el que no vale la pena entretenerse. Y todo lo que no es iberoeuropeo tiene, en realidad, una importancia

### *Liberalismo euroibero-latinoamericano*

HECHA ESTA SALVEDAD PODRÁ ENTENDERSE LA ASEVERACIÓN QUE SIGUE: el liberalismo latinoamericano, en sus comienzos, y de una perfectamente natural, formó parte del liberalismo iberoeuropeo. Aquellos criollos, los llamados precursores de la Independencia, que a fines del siglo XVIII solicitaban libertades económicas y políticas, democracia, autogobierno y limitaciones al poder de la Corona, no diferían sustancialmente de quienes en España y Portugal por las mismas fechas reclamaban esos mismos derechos. El colombiano Nariño, el ecuatoriano Espejo, el venezolano Miranda o el cubano Arango y Parreño tenían sus correligionarios y homólogos en la península, aunque esa coincidencia ideológica casi nunca se tradujera en alianzas políticas.

Es cierto que, de manera creciente, los criollos liberales se

accesoria, folclórica, que tiende a debilitarse con el paso del tiempo. Por cruel o injusto que resulte, la América precolombina, y mucho más la América africana, como les ocurrió a los pueblos celtíberos tras la romanización de la península, están llamadas a ser totalmente absorbidas dentro del mainstream iberoeuropeo. Es un proceso digestivo lento —ya lleva algo más de 500 años— pero inexorable.

fueron haciendo antiespañoles, pero esa actitud provenía, fundamentalmente, de un análisis no muy diferente al que formulaban los propios españoles progresistas de entonces. ¿Qué diagnóstico de los males de España hacían los liberales españoles de fines del siglo XVIII y principios del XIX? El mismo que podemos leerle a Bolívar en su Carta de Jamaica: la "culpa" del atraso relativo de España con relación a Francia, Inglaterra, Alemania o la joven nación estadounidense había que buscarla en el fanatismo religioso, en la intolerancia, en la Inquisición y en la podrida monarquía borbónica. ¿Que los liberales criollos, más que en España buscaban en la Francia revolucionaria, pre y postnapoleónica, sus fuentes ideológicas? Cierto, pero hasta en eso se parecían a los liberales españoles: todos fueron afrancesados.

### *El turbulento primer siglo liberal*

COMO SABEMOS, TRAS EL DESPLOME DEL PODER IMPERIAL de España en América, en casi todas las recién estrenadas Repúblicas sobrevino una época de caos, fragmentación, "pronunciamientos" guerras civiles y golpes militares —reñideros, por cierto, que también tuvieron su equivalente en España—, y esos conflictos, prácticamente sin excepción, se abanderaron tras los discursos de liberales y conservadores.

Liquidado el poder colonial español en América —con la excepción de Cuba y Puerto Rico— resultaba totalmente predecible lo que lo que enseguida comenzó a suceder: la inteligencia latinoamericana se fue alejando cada vez más de su raíz ibérica, y el peso intelectual de Francia, Inglaterra y Estados Unidos creció de manera exponencial, especialmente entre los criollos que se denominaban "liberales", mientras los "conservadores" mantuvieron vigentes los lazos espirituales que los unían, a veces sin advertirlo, a la antigua metrópoli, fenómeno que explica que entonces también se les llamaran "godos" epíteto despectivo más o menos equivalente a "español".

¿Qué significaban en América Latina esas palabras en el siglo XIX? Ser liberal, a lo largo de toda esta centuria, en su vertiente menos culta, tenía una connotación a

veces anticatólica, siempre anticlerical, marcadamente antiespañola y populachera, vinculada a la masonería, mientras en su corriente más culta se reivindicaba el constitucionalismo, la educación universal, y cierto centralismo administrativo de origen jacobino. Ser conservador, en cambio, era lo contrario: la pasión por el orden, la devoción católica, la militancia antimasonónica, la reverencia al clero y el culto por las tradiciones españolas. Grosso modo, los liberales procedían de los medios universitarios urbanos —abogados, médicos, maestros—, o se habían abierto paso en la milicia en las luchas revolucionarias, mientras los conservadores, vinculados a la oligarquía, solían asociarse a la tenencia de tierras, al ejercicio del comercio y a las finanzas, aunque —dada la violencia política de la época— casi todos sus caudillos llegaron al poder como consecuencia de enfrentamientos armados. Fue el siglo de las montoneras para las dos tendencias. Unas veces se echaban los liberales al monte, y otras los conservadores, pero con frecuencia era difícil encontrar las motivaciones ideológicas de unas pugnas que escondían rivalidades entre caudillos.

No fue, pues, la larga contienda decimonónica, entre liberales y conservadores latinoamericanos un profundo debate en el terreno de la

filosofía o la economía, sino fue un siglo mucho más primarios, pasional y confuso, en donde las líneas filosóficas tendían a oscurecerse. A principios de siglo un tirano conservador, como el paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia, podía adoptar actitudes anticlericales, mientras a fines de la misma centuria el mexicano Porfirio Díaz, producto de las huestes de su país, se acogía a la "religión positivista de Augusto Comte", con su santorial revolucionario incluido. En Ecuador, un ilustrado dictador conservador, García Moreno, quien dedicara su país al corazón de Jesús, podía ocuparse de echar las bases de la educación popular (en manos de la Iglesia, eso sí), mientras en Venezuela Antonio Guzmán Blanco hacía exactamente lo mismo, pero en medio de una feroz campaña de secularización

### *El turbulento siglo antiliberal en América Latina*

CURIOSAMENTE, CUANDO EL LIBERALISMO SOCIOLOGICO —los partidos populares, latinistas, urbanos, dirigidos por la pequeña burguesía reformista— adquirió la fuerza intelectual en América Latina, lo hizo transformándose en algo distinto, ya tenido por las ideas de la socialdemocracia. Ese es el caso del Partido Colorado en Uruguay bajo la dirección de José Battle y Ordoñez a partir de 1911, del Partido Radical de Argentina

que, desde entonces (1873-1888), debilitó permanentemente el catolicismo de su país.

Esto no quiere decir que en América Latina no existiera una densa corriente intelectual de corte liberal, cuyas cabezas más destacadas acaso fueran los argentinos Alberdi y Sarmiento, el venezolano Bello, los chilenos Lastarria y Bilbao, y el mexicano Justo Sierra, pero salvo en el caso de Argentina, donde el peso de las ideas de Alberdi fue fundamental a partir de la Constitución de 1853, o en el paradójico caso de México, donde los positivistas contribuyeron a moldear la dictadura de Porfirio Díaz, la norma parece haber sido la existencia de partidos políticos que se denominaban liberales, pero que muy poco, realmente, tenían de ello en el sentido que hoy damos a esta palabra.

desde el triunfo de Hipólito Irigoyen en 1916, o el Partido Revolucionario Institucional de México surgido a fines de los veinte de las cenizas de ese inmenso matadero que fue la revolución mexicana iniciada en 1910. Y, como era previsible, algo parecido le ocurrió al conservadurismo sociológico. Desde fines del siglo anterior y durante el tercio del XX los conservadores fueron adoptando lo

que, con el tiempo, se llamaría "conciencia social".

¿Por qué sucedió este fenómeno? Probablemente, por una combinación de (entre otros) tres poderosos factores que, por supuesto, no siempre están presentes en todas las repúblicas: el agotamiento de los rivales tras varias décadas de enfrentamientos; la aparición de clases medias urbanas, muchas veces nutridas por una pujante migración europea que no se sentía representada en las tradicionales organizaciones liberales y conservadoras; y el surgimiento de una fuerte ideologización de la clase política como consecuencia de la divulgación creciente del marxismo y del fascismo. Súbitamente la política, además de ser una lucha feroz por alcanzar el poder, se convertía en otra cosa: la promesa de, desde el gobierno, terminar con la pobreza y crear sociedades en las que existiría un mayor grado de equidad.

Visto desde una perspectiva actual, para el liberalismo moderno esa transformación significó el comienzo de una confusión que llega hasta nuestros días. El liberalismo, con su propuesta tradicional de estado de derecho —o constitucionalismo como lo llaman los anglosajones—, para organizar la sociedad y solucionar los conflictos, su defensa de la propiedad privada para producir y del libre mercado para realizar las transacciones económicas, o su apego a la democracia como

método para tomar decisiones colectivas, quedó relegado a la más absoluta indiferencia. El debate aparentemente era otro: cómo acabar con la miseria y lograr que los pueblos latinoamericanos progresaran. Nadie se percató de que del verdadero liberalismo teórico —el de Locke, el de Smith, el de Alberdi, el de la Escuela Austríaca que ya estaba dando sus primeros frutos— también se derivaba una eficaz fórmula para alcanzar el desarrollo. Esa percepción, como luego veremos, se impondría, con mil dificultades y a regañadientes, casi cien años después, y sólo tras el absoluto descrédito de las diversas variantes de populismo que se enseñorearon en América Latina a lo largo del siglo XX.

De manera que los "liberales" latinoamericanos dejaron de ser de algo que nunca habían sido del todo para convertirse en otra cosa diferente cercana a la familia socialdemócrata o a lo que se denomina liberales en Estados Unidos: ese es el caso de los liberales colombianos, hondureños, uruguayos, nicaragüenses, argentinos, cubanos, chilenos, y así hasta agotar la nómina de países de nuestra cultura iberoeuropea. Comenzaba la era de los Estados Justicieros —fuertes, centralistas, dirigistas, planificadores, redistribuidores de la riqueza— y fue así como los llamados "liberales" latinoamericanos recibieron el signo de los tiempos con un entusiasmo indescriptible que

duraría varias décadas.

Por el lado "conservador" el panorama no era tan diferente a como podía esperarse. Desde fines del siglo XIX, mediante encíclicas papales, la Iglesia Católica había comenzado a incursionar en el terreno de las ideas económicas, y, aunque el principio de la Doctrina Social de la Iglesia tuvo enérgico contenido anticomunista, paulatinamente fue centrando su hostilidad contra el mercado y contra el individualismo, lo que alentó en los conservadores unas fuertes tendencias nacionalistas y estatistas que, en esencia, no diferían gran cosa del dirigismo socialdemócrata. Este es el caso de los partidos democristianos y socialcristianos que luego surgieran en América Latina al calor de un discurso que se confundía totalmente con el de sus supuestos adversarios. Todos creían que desde la cúspide del gobierno, dictando las medidas adecuadas, manipulando el Registro de la Propiedad, y mediante la utilización del presupuesto nacional, podía transformarse radicalmente la situación de atraso y pobreza del mundo desovado por España y Portugal al otro lado del Atlántico.

Un tercer elemento de vital importancia teórica se añadió al

recetario social demócrata de estos falsos "liberales" y de los contradictorios "conservadores": el aporte keynesiano que a mediados de siglo llegó a América Latina de la mano de la CEPAL, y en el que se afirmaba la supuesta bondad de una idea básica: el carácter dinamizador de una política gubernamental que, mediante la utilización estratégica del gasto público, multiplicara la demanda constante de bienes y servicios para combatir el desempleo y aumentar el PIB de manera incesante, poniendo fin para siempre a los ciclos recesivos y al desplome periódico de los precios.

Lo decían, pues, las izquierdas y derechas, la iglesia, y los muy acreditados economistas keynesianos, totalmente hegemónicos en Occidente desde el triunfo de F.D. Roosevelt a principios de los treinta, hasta la derrota de Jimmy Carter a fines de los setenta. Incluso, la experiencia parecía confirmarlo, pues desde el fin de Segunda Guerra Mundial hasta 1973, la América Latina —con la excepción de Cuba, que se embarcó en una estúpida aventura comunista de corte soviético—, conoció una fase de expansión sin precedente: una de las regiones del globo con mayor tasa de crecimiento promedio anual.

Ocurrió lo que algunas voces aisladas, casi inaudibles, como fue la de Hayek, advirtieron que sucedería: por una parte, la inflación acabaría por provocar una gran crisis económica, y, por otra, la creación de Estados-empresarios o de Estados-planificadores daría lugar al surgimiento de corruptas burocracias parásitas que terminarían por coartar las libertades del individuo y por desangrar hasta la extenuación el aparato productivo.

Uno tras otro todos los países embarcados en el populismo de izquierda y derecha —Argentina, Perú, Bolivia, Venezuela, Chile, México, Nicaragua— fueron entrando en una crisis inflacionaria caracterizada por un alto nivel de gasto público y desequilibrio fiscal —generalmente enajudado con endeudamiento externo—, combinación que inevitablemente culminaba en una fortísima devaluación del signo monetario nacional, y en una contracción del mercado laboral que golpeaba con mayor severidad a los más pobres. Se había terminado la ilusión de que el Estado Justiciero impondría el desarrollo en América Latina y se andaba a la búsqueda de un nuevo discurso político capaz de reorientar el poco prometedor destino político de los latinoamericanos.

Es aquí cuando irrumpe con fuerza el renovado liberalismo de nuestros días, casi como propuesta única. El camino hacia la prosperidad, como señalan los

liberales, no pasa por investir al Estado como productor, sino en fortalecer a la sociedad civil para que desempeñe ese rol a cabalidad; no es de las revoluciones violentas o de los caudillos iluminados de donde surge el desarrollo, sino de Estados de Derecho en los que las leyes se cumplen y las sentencias se ejecutan; no es redistribuyendo la riqueza creada mediante actos legislativos como se elimina la pobreza, sino respetando la propiedad privada para que la capitalización sea posible, las inversiones fluyan y se pueda cumplir el ciclo ahorro-inversión-beneficios-ahorro.

¿Qué deben hacer los gobiernos en esta etapa liberal postpopulista? Pocas cosas, pero deben hacerlas bien: mantener el orden, impartir justicia, privatizar las empresas estatales, cuidar los equilibrios macroeconómicos, incluido el valor y la convertibilidad de la moneda, invertir o facilitar las inversiones en creación de capital humano —léase educar con criterio moderno—, fomentar el ahorro y la dispersión de la propiedad privada, administrar honrada, transparentemente, y no distorsionar el mercado con manipulaciones de precios o con su variante favorita, la política de subsidios. Es lo que ha hecho Chile (el de Pinochet y el de los democristianos) mejor que ningún otro país —ahí la pobreza a declinado del 40 por ciento al 23 en pocos años—, y es lo que, en mayor o menor medida, ensaya todo el

### *Partidos a la búsqueda de ideas*

PERO NO SUCEDIÓ COMO  
PREVEÍAN LOS TEÓRICOS DEL

KEYNESIANISMO o los políticos  
populistas de izquierda y derecha.

continente, desde México hasta Argentina, aunque en algunos países, como sucede en la Colombia de Samper, la resistencia

del viejo pensamiento populista es todavía muy fuerte, aunque parece que será muy pronto superada.

### *Ideas a la búsqueda de partidos*

Sin embargo, este triunfo avasallador de liberalismo en el terreno de las ideas, absolutamente justificado por el reciente enriquecimiento conceptual y teórico de pensadores de la talla de Mises, Hayek, Friedman, Buchanan, Becker, Coase, Popper, Berlin, Novak, Lucas, Berger y un larguísimo etcétera que abarca todas las disciplinas de las Ciencias Sociales, en América Latina no ha encarnado en formaciones políticas de nuevo cuño, sino que ha servido para insembrar a los partidos políticos que, hasta hace pocos años, a izquierda y derecha, podían calificarse de populistas.

En Argentina, dentro de la Unión Radical, este es el caso de los liberales López Murphy o Angeloz, frente al irreductible populista Raúl Alfonsín, o el del neoperonista Menem frente a los ortodoxos de su partido; es el caso del “gran viraje” que Carlos Andrés Pérez intentó darles a los adecos venezolanos, o del que su compatriota Oswaldo Alvarez Paz ensayó con los democristianos de COPEY; este es el caso de la corriente social-liberal que Salinas y luego Zedillo, impusieron a los “dinosaurios” en el PRI mexicano,

y es el caso del Partido Socialcristiano de Costa Rica, dirigido por el notable economista Miguel Ángel Rodríguez; es también el caso del PRD panameño de Ernesto Pérez Balladares, y de PLD dominicano bajo la batuta de Fernández, hombre mucho más sensato que su Juan Bosch; es el caso del brasileño Fernando Henrique Cardoso, autor en el pasado de uno de los libros clásicos en defensa del populismo; lo es también el de Arnoldo Alemán en Nicaragua, reorganizador y modernizador del liberalismo en su país y el de Domingo Laino en Honduras, quienes se proponen hacer lo mismo con sus antiguos partidos de nombre liberal, pero — hasta hace muy poco — de ideario socialdemócrata.

De manera que la situación no deja de tener un curioso parecido con el fenómeno observado cuando, desde fines del siglo pasado, las ideas socialdemócratas comenzaron a seducir a liberales y conservadores: en nuestros días casi no existen partidos liberales *per se* que se opongan a fuerzas de signo contrario y de diferentes concepciones ideológicas, sino que

existen corrientes y alas liberales dentro de prácticamente todos los partidos políticos, incluimos los de origen marxista, como se comprueba en el MAS del venezolano Teodoro Patkock, hoy paladín del mercado, en el Partido Socialista del chileno Ramiro Lago, afortunadamente muy lejos de las concepciones políticas y de las creencias económicas sustentadas por Salvador Allende cuando fue derrocado por el golpe militar de 1973, o en el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) del sorprendente Paz Estenssoro de su segunda etapa como estadista.

Paradójicamente, los partidos políticos de nueva planta surgidos al calor del ideario liberal no han

tenido larga vida o buena suerte en la tarea de conquistar la lealtad permanente de los electores o de los cuadros dirigentes. “Libertad”, creado en Perú por Mario Vargas Llosa para oponerse al populismo de Alan García, apenas sobrevivió a la derrota del famoso novelista en 1990, y prácticamente se disolvió tras el autogolpe de Fujimori en 1992. El venezolano “Nueva Generación”, que llegó a ser el tercer partido en su país, desapareció tras el triunfo de Caldera. “La Estructura” —peculiar nombre dado por Andrés Vanderhorst a su partido liberal dominicano— sufrió al nonagenario Balaguer en el ejercicio de la presidencia.

### *Los enemigos del liberalismo*

¿Por qué sucede el curioso fenómeno de que simultáneamente, triunfen las ideas liberales en los partidos que se denominan de otra manera, mientras fracasan quienes pública y desembozadamente las defienden? Hay varias explicaciones. La primera y más importante, es que el liberalismo no se ha impuesto en América Latina como consecuencia de la persuasión de la mayoría de la sociedad, sino como resultado del fracaso práctico del populismo. Los latinoamericanos no se han convertido en liberales, sino que se han desencantado con las viejas ideas populistas. La segunda, es que el viejo discurso populista, que

ya no sirve para gobernar, y con el que no es posible formular una propuesta concreta que la realidad no haya desmentido, todavía es útil para atacar a los adversarios, tarea en la que los enemigos del liberalismo se han empeñado con singular éxito, especialmente con la creación de un fantasma conceptual absolutamente eficaz para asustar a los electores: el neoliberalismo.

En efecto: cualquier persona bien enterada sabe que el “neoliberalismo” no existe, pero en esa ya hoy “mala palabra” los enemigos del liberalismo han resumido y englobado las imprescindibles políticas de ajuste a las que ha habido que recurrir

para poner orden tras décadas de desbarajuste populista. De manera que recortar el gasto público, equilibrar los presupuestos, pagar o reorganizar las deudas internacionales, privatizar o cerrar ruinosas empresas, cuidar celosamente la emisión de más moneda, reducir el perímetro y las funciones del Estado, y mantener a raya la inflación —tareas absolutamente todas impuestas por el sentido común que implican un cierto grado de austeridad—, han sido calificadas de “neoliberales”.

Es una técnica infalible: para derrotar a un enemigo se empieza por desvirtuarle su lenguaje, y como el campo semántico de la palabra “liberalismo” era benévolo y favorable, astutamente se inventaron el mote de “neoliberalismo”. ¿Y qué se dice que es ese malvado “neoliberalismo”? Se dice que es una política contraria al “gasto social”, ciega y sorda a las necesidades de los más pobres. Se dice que es una política encaminada a aumentar las desigualdades en beneficio de los ricos, criminalmente dictada por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial para mayor gloria de los poderes imperiales que controlan esas entidades. Se dice que es una política antiobrera que provoca desempleo, y que, en nombre del cruel dios del mercado, priva de subsidio a los bienes de consumo primario, vitales para los más necesitados, aumentando con ellos los niveles de criminalidad.

¿Quiénes dicen esto? Lo dicen

los partidos tercamente marxistas que han abandonado el lenguaje “revolucionario”, especialmente los encuadrados en el Foro de Sao Paulo. Lo dicen los periodistas de la vieja guardia populista, los inefables curas de la Teología de la Liberación, los provinciales latinoamericanos de la Compañía de Jesús, las Conferencias Episcopales de numerosos países. Lo dicen algunos incorregibles sindicatos encharcados en el antiguo testamento anticapitalista y antimercado de la lucha de clases; y, como no, lo dicen ciertos desaprensivos empresarios que medran en un mundo de consumidores atrapados en sus redes con la coartada de proteger la industria nacional.

Lo que ninguno de ellos dice, es cuál opción es la que proponen para hacerle frente a la crisis latinoamericana y para sustituir las medidas de ajuste, o cual es el precio de no hacer ese temido ajuste “neoliberal” al que visceralmente se rechazan. ¿Van a seguir aumentando el “gasto social”? ¿Con más impuestos? ¿Van a eliminar las medidas restrictivas en materia monetaria? ¿Cómo van a controlar la inflación en ese caso? ¿Van a “blindar” otra vez con aranceles a los productores locales para cerrarle el paso a la competencia y la globalización de la economía? Lo que tampoco ninguno de ellos dice, es que estas medidas del supuesto “liberalismo salvaje” o “neoliberalismo” son las que los países desarrollados —las

veinticinco naciones más prósperas del planeta— se imponen a sí mismos para seguir formando parte del Primer Mundo, como se desprende de las normas que, por ejemplo, tienen que cumplir las naciones de la Unión Europea para acceder a la moneda única y para cumplir con los acuerdos de Maastricht.

Esta denominación de “neoliberal” ha traído como consecuencia que los políticos convencidos de las virtudes de esta escuela de pensamiento, se hayan visto obligados a disfrazar con otros vocablos las medidas liberales tomadas bajo su dirección. Por ejemplo, Alvaro Uribe Vélez, el populísimos ex-gobernador de

Antioquia (Colombia), autor en su región de una tremendamente exitosa reforma del Estado efectuada dentro de la más pura y avanzada línea liberal, para poder privatizar, reducir las dimensiones del gobierno, recurrir al bono escolar y contratar con el sector privado la mayor parte de los servicios públicos, ha tenido que llamarle a su reforma “Estado comunitario”, ambigua expresión que lo ha puesto a salvo de los ataques de sus enemigos. Treta que ni siguiera es del todo original, pues Ludwig Erhard, a fines de los cuarenta se vio obligado a acuñar la expresión “liberalismo social” para poder emprender una política que solo era, en rigor, liberal a secas.

### *Lo que pueden hacer y lo que hacen los liberales*

¿QUÉ PUEDEN HACER LOS LIBERALES EN ESTA SITUACIÓN? En el plano doctrinal, es obvio que en América Latina hay que hacer una gran labor pedagógica para lograr que los errores propagados por décadas de populismo de izquierda, derecha o de marxismo, sean corregidos mediante una nueva forma de entender los problemas y de intentar solucionarlos con ideas mucho más ajustadas a la experiencia. Esto es lo que hacen —entre varias decenas de instituciones— fundaciones como la Naumann alemana, la argentina Libertad que dirige Gerardo Bongiovanni, la

venezolana, Cedice, Universidad Francisco Marroquín de Guatemala o el Instituto de Ciencia Política de Colombia.

Simultáneamente, es evidente que las alas liberales de todos los partidos y las fundaciones e instituciones académicas de signo liberal en América Latina, se acerquen a la Internacional Liberal para fortalecer una instancia política que vive su mejor momento intelectual, pero que tiene poco peso fuera de Europa. Al fin y al cabo, el gran inspirador de la Internacional Liberal, y autor del Primer Manifiesto Liberal (1947) fue D. Salvador Madariaga,

uno de los grandes intelectuales iberoeuropeos del siglo XX. Es muy importante, por ejemplo, que la Mont Pélerin se reúna para examinar y discutir ideas liberales, pero también es conveniente lograr

que esas ideas se conviertan en políticas fecundas, y esto sólo puede lograrse estimulando un intenso diálogo entre los pensadores de esta corriente y los que están llamados a ejecutarlas.☺

## Etica pública

“Ninguna forma política de gobierno reclama una moralidad tan severa como la forma democrática”.

José Manuel Estrada  
Escritor Argentino

## Delegar poderes, descentralizar...

La supervivencia de los partidos políticos e incluso la vitalidad de las instituciones democráticas tradicionales, dependerá en gran medida de la capacidad que tengan para delegar poder, para descentralizar, para correr el riesgo de trasladar a individuos y sectores sociales más específicos y difusos decisiones que, antes, se guardaban celosamente en el *sancta sanctorum* de los directorios nacionales, los gabinetes o las juntas directivas.

Acudo a una analogía que, por actual, espero sea ilustrativa:

La primera etapa en el desarrollo de la informática perteneció a las computadoras centrales caras, voluminosas y relativamente torpes, desde las cuales se extendían una serie de terminales sin vida propia. Estas dependían en su totalidad del centro para poder realizar funciones en la periferia. Su funcionamiento era caro; su ampliación, costosa y traumática; el potencial desplome del cerebro central, un colapso de enormes proporciones. Hoy el panorama ha cambiado. Prevalen las redes. Estas consisten en terminales inteligentes, capaces de funcionar por sí mismas, pero que al interconectarse aumentan su poder individual. Así, la unidad se refuerza con la totalidad y esta mejora con cada nuevo elemento que se incorpora a la red. Se gana flexibilidad, capacidad de adaptación y de expansión. A la vez se mantiene gran autonomía.

Este es el modelo de quehacer político que más conviene a nuestra sociedad y ciudadanos actuales. Es el que mejor puede combinar la iniciativa con la disciplina, la diversidad con las normas generales, el derroche creativo con el plan sistemático, la solución rápida con la buena dirección. Es el que incorpora como una práctica cotidiana la adaptación al cambio.

El modelo y el quehacer políticos contemporáneos deben pasar por mayor descentralización, por el estímulo de liderazgos regionales y sectoriales, por la claridad de deberes, por la ampliación de derechos, por la transparencia, por la observancia de las grandes reglas y principios, y por el respeto a la especificidad de instituciones y personas. Esto no implica olvidar las tareas pendientes en cuanto a justicia social, desarrollo o incorporación de sectores marginados a una vida plena. Al contrario, consiste en hacerlo de una forma más legítima, eficaz y sostenible.

Retorno a Daniel Bell cuando dice lo siguiente:

“Dentro de la sociedad moderna, un orden social viable solo puede mantenerse mediante un principio de liberalismo que trate de acentuar la diversidad de las creencias particulares y grupales, y equilibre el particularismo de los grupos constituyentes con el universalismo de las reglas comunes”.

Eduardo Ulibarri

Abogado, profesor universitario, politólogo costarricense